

Fundación mítica de Bemibre

ALFONSO GARCÍA RODRÍGUEZ

La verdad es que buena parte de nuestra historia ha quedado perdida entre desidias, pedregales y olvidos. También, cómo no, en los abandonos olvidados en la búsqueda de mejores horizontes o en fuegos devoradores que han calcinado buena parte de la memoria colectiva. Las excepciones se miman como el corazón de las mariposas. Tal es el caso de un libro titulado *De fundaciones, lugares maravillosos y hechos sobresalientes acaecidos en la fértil tierra del Bierzo*, uno de los pocos salvados de la famosa, rica y perdida biblioteca del desaparecido monasterio de San Juan de Cerezal, ejemplar hoy al cuidado de un verdadero amante de los libros.

Entre las múltiples referencias a Bembibre, una frase latina llamó poderosamente mi atención: *Aqua floret, aquilas vidimus*, atribuida a uno de los generales que dirigían las legiones. Aunque con tono poético y posiblemente con arreglo medieval, lo que sí es cierto es que se trata de la respuesta a una decisión: ésta no fue otra que la elección del lugar de asentamiento definitivo y estratégico que el tiempo convirtió en fundación histórica. El agua y las águilas que en aquel momento sobrevolaban las cabezas militares, pájaros seguramente convertidos en *augures*, fueron razones de peso para la decisión. El agua de la fertilidad y el vuelo que vaticinaba tiempos de encantos y prosperidades. Y donde lo posaron aquellas dos águilas majestuosas fue el lugar elegido para clavar la espada y anunciar la solemnidad del momento. Las palabras fueron recibidas con vítores. Anota el autor del libro referido, amparado en la humildad del anonimato, que ésta es la razón de la presencia de un águila en el escudo de la villa. Y que el águila ha de ser su símbolo sagrado.

Hasta siete personajes...

Como tantas otras veces, América sigue siendo rincón de memoria viva y oral para muchas de nuestras lagunas y parte de nuestras carencias. Ya son varias las veces que llegué a aquellas tierras, vibrantes y hermosas, en busca de algún personaje, siempre silencioso y humilde, que conocía un tramo del nacimiento o evolución de alguna de nuestras ciudades. En esta ocasión, el centro de interés me llevó a Punta Icacos, una zona entre la selva y la marisma próxima a Cartagena de Indias, ciudad colombiana a la que había llegado un bembibreño en la época de los descubrimientos para hacer crecer las defensas militares de la ciudad caribeña. Este hombre, descendiente de aquel militar y aventurero, sobrepasado ya el umbral de la vejez y la miseria, al que todos reconocen como *Pedro el baratero* –desconozco la razón-, aún guarda en la memoria, alimentada de generación en generación, detalles del momento inicial al que nos referimos. Detalles de lo que él conoce llanamente como fundación de Bembibre, lugar que siempre añoró conocer.

Me cuenta Pedro, con voz cadenciosa y dulce, que, junto a generales y soldados, siete personajes, que se reencarnarían en diversos momentos de la historia, estaban especialmente atentos, junto al *aquilifer*, a cuanto allí acaecía. Cuando el general que blandió la espada en el lugar elegido finalizó de hablar y cesaron los vítores, uno de los siete personajes, Enrique Gil y Carrasco, dijo algo que después escribió: “Esta cuenca amenísima más que otra cosa parece un puesto elegido para descanso de las marciales fatigas”. Otro, un tal Enrique Enríquez, se comprometió a dar

prestancia medieval al Señorío de Bembibre, siguiendo la tradición de la *tenencia* que ya había hecho de la villa capital del Boeza. En esta línea de prestancia y compromiso habló igualmente Carlos Le Moure, que afiló sus intenciones respecto al desarrollo de la comarca con la referencia a una industria moderna que, llegado su momento histórico, se concretó en el inicio de la minería del carbón. Un cuarto hombre, cuyo nombre no recogieron ni los anales ni la memoria de la tradición, puso una advertencia de dolor frente a tanta euforia. Y habló de que llegaría un día un nutrido grupo de militares que cometerían en estos pagos a cuyo bautismo asistían toda clase de desmanes. Y la historia confirmó aquella lejana predicción. Se refería, sin duda, a las brutalidades de los ingleses que, durante la Guerra de la Independencia, convirtieron a Bembibre, en expresión del conde de Toreno, en “principal y horroroso teatro”. Por aquellas fechas, además, desaparecieron miles de documentos vitales para la reconstrucción de su historia. Sin duda, alguno de capital importancia para la recuperación del momento que tratamos de narrar.

[Por paralelismo de ideas al hablar de los ingleses, es necesario abrir aquí un paréntesis. *Pedro el baratero* insiste en que fueron siete los personajes, pero sólo es capaz de recordar seis, a pesar de que le sugiero posibles nombres. “Eran siete, créame”. Por supuesto, lo hago. Y además algo más de peso debe de haber en la afirmación, pues, aunque se trata de temas diferentes, cuentan que cuando George Borrow –*don Jorgito el inglés*- llegó a Bembibre en 1837, como predicador y vendedor de biblias, además de afirmar la dificultad de encontrar en cualquier parte del mundo otro lugar “cuyas ventajas naturales rivalicen con las de esta llanura o valle”, alguien le preguntó, metidos en harina religiosa, la razón de la salida del *Santo* cada siete años. Y él buscó en este hecho de los siete personajes presentes en la fundación, que nadie se explica cómo llegó a conocer, la razón de este período de tiempo, aludiendo a la simbología bíblica del *siete* como elemento también de perfección temporal].

Presencia de una mujer

“De todo cuanto allí se dijo, y con la espada aún hincada en aquella tierra suave y dulce, dio testimonio un tal Juan Francisco Romero, también presente”. Y la verdad es que la historia lo ha consagrado como uno de los notarios fidedignos de la realidad de Bembibre.

Lo que llama más la atención –Pedro, sonriente, observó mi rostro desconcertado- es la presencia de una mujer, seguramente *focaria*, que pasó después a la historia, posiblemente en la primera mitad del siglo XIII –no he podido constatar con precisión las fechas exactas-, sin nombre, sólo con la escueta referencia de “rica hembra”. Y es que a finales de la anterior centuria el monasterio de San Miguel de las Dueñas, que había sido fundado en el siglo X, recibe un fuerte impulso de poderosos y monarcas, cuyo único favor *exigido* a cambio era que aquellas “santas monjas” atendiesen de forma especial a los pobres. Y en esa dedicación, una monjita, con la imaginación y la economía como normas, consiguió un producto muy arreglado y reconfortante a base de carne y huesos de cerdo troceados, adobados y metidos en una tripa que se seca al humo de la leña. Las excelencias del *invento* corrieron de boca en boca, y llegaron también a las de nobles y monarcas, especialmente a la de la referida “rica hembra”, que así era conocida una de las viudas más hermosas y liberales de aquellas épocas y aquellos pagos. Y que esta mujer y un hombre

palaciego “que siempre hablaba cosas breves y graciosas”, bautizaron entonces a estas tierras como las del *bene vivere*. Que no sólo el plato era manjar para mendigos y gentes de malvivir. El secreto de la gastronomía monacal, nacido para la caridad, abrió la puerta a otras sensaciones y otras esperanzas.

Pedro el baratero me hizo explicarle en qué consistía lo que yo le dije que ahora llamábamos *botillo*. A pesar de su gesto afirmativo, estoy convencido de que no se enteró del ritual que hoy se teje en torno a él. Es otra cultura.

*

Insistimos en el séptimo nombre. Pero no hubo forma. Charlamos aún largo rato. Cuando regresaba en aquella canoa tan primitiva, que sorteaba con facilidad las dificultades de tanto ramaje como adorna la zona, no pensé tanto en cuánto podía encerrarse de verdadero en el relato del hombre dulce y buen conversador que los vecinos llamaban *Pedro el baratero*. Pensaba, sobre todo, en lo feliz que sería conociendo Bembibre, la tierra de sus antepasados.

Ganador C. Literario 1997

Alfonso García Rodríguez